

*EL RETRATO DE*  
*Verónica G.*

*ANDREA FERRARI*

loqueleg®



*No sabes lo que daría por cambiarme por ti,  
Dorian. El mundo ha clamado contra ambos,  
pero siempre te ha adorado a ti. Y siempre  
lo hará. Tú eres el modelo de lo que la época  
busca y de lo que teme haber encontrado.*

Oscar Wilde  
*El retrato de Dorian Gray*



Se llamaba Verónica Gris. Todavía recuerdo mi sorpresa la primera vez que lo oí. Éramos muy chicas, apenas cinco o seis años, y para mí un color no podía ser un apellido.

Tardé mucho en percibir la ironía que encerraba el nombre. Porque si había algo que no podía definirla, algo opuesto a su naturaleza, eso era el gris. Verónica irradiaba brillo, era una luz que atraía todas las miradas. Supongo que yo no tenía en esa época una noción clara de la belleza, pero siempre supe que ella era especial. No sé si era el azul inusual de sus ojos, la nariz perfecta, el largo pelo rubio, los labios carnosos o todo eso junto lo que generaba un magnetismo que nadie parecía capaz de resistir.

En los años siguientes fui testigo muchas veces de las primeras reacciones de quienes la conocían. La abierta admiración, el indisimulado intento de

conquistarla, la suspicacia, la envidia. Hasta el odio. Porque una belleza excepcional como la de Verónica no deja a nadie indiferente.

Pero creo que no tuvimos una verdadera conversación sobre qué es la belleza y los efectos que provoca en los demás hasta muchos años después. En esos primeros tiempos lo tomábamos como algo natural. Ella recibía más atención, más favores, más sonrisas. Así era y punto. A veces me pregunto qué habría pasado si no hubiese sido tan deslumbrante. Si nunca le hubiesen sacado la famosa foto.

Aunque quizá lo que tendría que cuestionarme es cómo habrían sido las cosas si todo el mundo no reaccionase a la belleza como lo hace, si no la buscáramos de una forma tan burda y desesperada.

Por supuesto, sé que en el fondo lo que a mí me desvela es algo diferente. Surge en los momentos en que me siento más frágil, más vulnerable. La pregunta que me devora es qué podría haber hecho yo para cambiar lo que pasó. Dónde le fallé. Hay noches en que me despierto sobresaltada, sin aire, y tengo la clara sensación de que ella está en alguna parte esperando mi ayuda, pero no puedo alcanzarla. Y lo peor es que ahora que pasó el tiempo a veces me cuesta evocarla tal como era realmente. La imagen que me viene a la mente es la de la foto.

Y, al fin y al cabo, ¿qué es la belleza? ¿De dónde sacamos nuestras ideas de lo que es lindo y lo que es feo? Cuando empezamos a discutir todo esto yo fui en busca de referencias. Quería entenderlo y entenderme. Me sorprendió leer algunas cosas. Por ejemplo: que, aun en culturas muy diferentes, hay patrones que se repiten. Se considera bella la simetría en los rasgos, la piel más clara, las proporciones que no se apartan mucho de la media. Hasta los chicos muy pequeños, que en teoría todavía no fueron contaminados con los modelos impuestos, se quedan más tiempo mirando rostros tradicionalmente lindos. Eso, al menos, dicen los científicos.

Pero después viene todo lo otro. El bombardeo de la cultura. Esos mensajes que son como misiles, imposibles de esquivar. ¿O es posible? ¿Se puede cerrar los ojos a los ideales de belleza que invaden

nuestros cerebros? ¿Se puede ver lindo lo que otros ven feo?

Fue Carola, en verdad, la que empezó con esos cuestionamientos. Creo que ella siempre estuvo un paso delante de nosotras, que de entrada tuvo las cosas más claras. Quizá yo no supe reconocerlo en el momento.

Trato ahora de hacer memoria sobre nuestra primera conversación de este tema. Se dio una tarde en que las cuatro salimos a tomar helado: Vero, Irene, Carola y yo.

Ya habían pasado unos años desde el final del secundario y seguíamos viéndonos. Creo que formábamos un grupo extraño. No sé bien qué era lo que nos había unido, siendo tan diferentes, pero en esa época no me lo cuestionaba. Carola era la más pasional. Había empezado a estudiar Sociología, leía con voracidad y estaba siempre dispuesta a discutir, cualquiera fuera el tema. Irene era todo lo contrario. Muy introvertida, casi nunca expresaba opiniones propias, aunque cuando lo hacía valía la pena escucharlas. Supongo que yo estaba en el medio. En esa época hablaba con libertad de todo, especialmente de lo que no sabía, e intentaba desarrollar una veta cínica que creía interesante. Y Verónica... Bueno, Verónica era Verónica, con ese aire de reina encantadora que llevaba por la vida.



Todo comenzó cuando ella sacó una foto de las cuatro juntas, sentadas en una mesa de la heladería. Probó tres tomas con el brazo estirado y fue rotando ligeramente la posición de su cabeza, con una serie de gestos que me parecieron estudiados para encontrar el perfil más favorecedor. Después anunció que postearía la mejor. Todas usábamos las redes sociales, pero Verónica era la más constante, la que más fotos y comentarios subía. Tenía miles y miles de contactos, muchos de los cuales sólo le pedían amistad al ver su cara.

Ese día analizó con detenimiento las tres fotos, eligió una y se dedicó a retocarla. Estaba usando una nueva aplicación, nos explicó, que mejoraba el aspecto.

Carola frunció el ceño.

—¿Y para qué querés mejorarte vos?

Ella se rio.

—A veces no salgo tan bien. Mirá cómo funciona: tocando acá se suaviza la piel, te saca ojeras y cualquier imperfección. Con esto se puede adelgazar la cara. Si arrastrás este círculo, producís un efecto de maquillado, queda perfecto. Con éste se puede trabajar el pelo, hacerlo más lacio, cambiarle el color. Y este último sirve para el cuerpo: podés volverte más flaca, más tetona... —volvió a reírse—. Es genial.

Carola la miraba atónita.

—Pero es ridículo. Te conviertes en alguien que no sos. Es algo tan irreal.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué? ¿Para qué sirve el engaño? Igual después la gente te ve y sabe cómo sos en la realidad.

—Bueno, la realidad...

Verónica sonrió ampliamente. Siempre tuve la sensación de que la sonrisa de su boca perfecta iluminaba el lugar donde se encontraba.

—La realidad es algo tan complicado. ¿Qué es más real? ¿Esto? —señaló el espacio que nos reunía—. ¿Nosotras cuatro? En las redes me contacto con diez mil personas, a la mayoría nunca la voy a ver. Me conocen a través de las fotos. ¿Eso no es real?

Carola sacudió la cabeza con fastidio.

—No entendés nada, hermana. Éstas son las cosas que nos destruyen a las mujeres.

Irene y yo nos erguimos en nuestros asientos. A juzgar por la expresión de Carola se venía una discusión interesante. Últimamente se había volcado hacia la militancia feminista con mucha fuerza y asumía un tono intenso que a alguna gente le chocaba. A mí me provocaba una cierta admiración. O quizá era envidia de que estuviera tan segura de las cosas.

—¿Qué querés decir? —Verónica sonó a la defensiva.

—Todo el mundo está obsesionado con ser lindo. Ahora más que nunca, con la manía de las fotos. Quizá vos no te des cuenta —sonrió con ironía—, pero para la mayoría de las mujeres es una cosa inalcanzable.

—¿Qué?

—Todo eso. Nos pasamos la vida sufriendo por no ser más flacas, más blancas, más rubias... Mirando videos ridículos de mujeres que se convierten en Barbies, tratando de ser lo que no somos, de sacarnos la celulitis o ponernos más tetas. Nos dan vergüenza nuestros cuerpos normales porque no se parecen a los de las modelos que vemos todo el tiempo en fotos producidas y retocadas para vendernos cosas. Hay que despertarse, hermana.

Quizá sonaba un poco a discurso. Y lo de *hermana* era una muletilla que solía repetir en exceso. Pero creo que Carola era consciente de la irritación que podía generar todo eso y le gustaba.

—¿No exagerás, Caro? —Verónica seguía sonriendo—. En verdad no está tan mal querer combatir la celulitis. ¿O me vas a decir que la piel llena de pozos es hermosa?

—Es que el tema pasa por otro lado —Carola sacudió la cabeza—. Por lo que buscás. Si querés ser alguien que vale por lo que es o un precioso objeto de adorno que sigue las pautas que nos bajan. Y si para

eso te la pasás mirándote al espejo y obsesionada por salir bien en las *selfies*...

Hubo un momento de silencio. Creo que la cosa se estaba volviendo demasiado personal. Verónica ya no sonreía tanto.

—Reconoceme esto —dijo—: una mujer puede querer ponerse linda y no por eso ser boluda. No caigas en el cliché, no van necesariamente juntos.

Carola sacudió la cabeza.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo. Pero ahora se me hizo tarde, la seguimos otro día.

No se detuvo a saludarnos una por una, apenas hizo un gesto general con la mano, agarró su mochila y partió. Irene levantó las cejas.

—Eso fue fuerte.

—Sí —Verónica se rio—, me parece que estaba de mal humor. Y eso que se la ve bien. Bajó un par de kilos, ¿no? ¿Hizo dieta?

Me volví hacia ella y le dirigí una mirada indignada.

—Era un chiste, Lu —me abrazó riendo—. Por favor, no pierdas el sentido del humor.

No era sólo cómo la miraban, también estaba el tono. Lo aprendí con los años: a Verónica le hablaban en un tono diferente. Podía ser el mozo de un restaurante, la cajera del supermercado, un profesor, su dentista. Si eran hombres, el tono en general se endulzaba. Adquiría un matiz aterciopelado, insinuante, que delataba el deseo de seducirla o al menos de complacerla. De ser mirados por ella. Pasaba con cualquiera, aun con tipos realmente viejos que sabían que no tenían la más mínima posibilidad de atraerla. A mí esa actitud a veces me asqueaba. Pero, a menos que fuera un avance grosero o demasiado directo, Verónica no parecía molestarse. A menudo, incluso, participaba de un coqueteo muy sutil, como si aceptase que ése era su rol en el juego.

Con las mujeres era distinto. Por supuesto, también estaban las que querían seducirla. Pero había

muchas que reaccionaban ante su presencia retra-  
yéndose. O la enfrentaban con una actitud dura, una  
agresión no siempre disimulada. Creo que se sentían  
amenazadas. No por lo que Verónica pudiera hacer  
o decir, sino por su sola existencia. Como si ella les  
recordara lo que no eran.

De una manera u otra, nunca era invisible. Y re-  
sultaba tan fácil caer bajo su influjo. A veces creo que  
yo, que todos estábamos un poco enamorados de ella.

18

Andrea Ferrari